

más conmovedoras que existen. Posee tres entradas, el pabellón occidental de la barrera del Infierno, el Monte Souris y la tumba Isoir, cerca de la barrera de la Salud.

De sus numerosos y hermosos teatros, el más notable es el de la Grande Opera. Entre sus numerosos Museos debe citarse el de Pintura, por los famosos cuadros que contiene, pertenecientes á todas las escuelas y el de Escultura que posee, entre otras joyas, la célebre Venus de Milo.

Francia se levantará como una de las entidades más portentosas en el campo de la ciencia, como la excelsa cuna de hombres eminentes, que han sacrificado su vida en aras del progreso y de la humanidad, la madre tierna de bravos guerreros que han sido el asombro de todas las naciones, dejando indelebles páginas en el gran libro de la historia. De ahí surgió el águila inmortal del siglo XIX, el gran Emperador, el gran Napoleón, cuya inteligencia y audacia, hizo caer á sus plantas naciones poderosas, enarbolando su estandarte sobre casi toda la Europa. Palmas y laureles engalanaron su senda de conquistas y victorias y su inmortal renombre se escuchará de polo á polo, mientras el patriotismo francés arda en el corazón de sus ciudadanos.

Así como de aquel privilegiado pueblo nacieron genios cuyas ideas aún se mantienen palpitantes y con ellos se enaltece el mundo: así espero que de mi amada patria, en la era de paz en que hemos nacido, bajo la sabia administración del Sr. Gral. Porfirio Díaz, que se ha dignado proteger este plantel bendecido, en donde la hábil mano de nuestra digna directora nos conduce por la escabrosa senda de la ciencia, descuelen siempre alumnas llenas de brillante instrucción que formen la base del progreso.

México, 12 de Julio de 1902.

ERNESTINA HERNANDEZ CHAVEZ.

---

## LA LIBERTAD Y LA REFORMA.

---

SEÑORITA DIRECTORA:

SEÑORES:

COMPAÑERAS:

La política colonial queda perfectamente definida con sólo copiar estas palabras que Carlos III, el más grande rey de los Borbones, que gobernaron á la patria de Isabel y Fernando, escribió en una Real Cédula dirigida á Don Carlos Francisco de Croix, virrey de México:

"Hágase entender á los habitantes de la Nueva España, que nacieron para obedecer y callar y no para pensar ni discutir."

Y si esa era la convicción profunda de tan sabio y magnánimo monarca ¿cómo pensarían los demás que tuvieron en sus manos el gobierno de América?

De consiguiente, una inmensa sed de libertad existía latente en el país al realizarse la Independencia, y se manifestó imponente en la primera Asamblea Nacional; tan imponente, que fué necesario á las antiguas clases superiores oponer un dique poderoso á las aspiraciones populares; y formaron en el seno de la misma Asamblea un partido que se llamó Escocés y que al través de los tiempos luchando siempre aunque con distintos nombres, ha venido siendo la rémora para todos los progresos y la causa de todas las desdichas de la República.

Ya desde la Conspiración de la Profesa, engendradora del Plan de



Iguala, y luego cuando los Tratados de Córdoba, se había puesto á la emancipación nacional el precio de que un Príncipe Católico de casa reinante, viniera á ocupar el trono de Moctezuma. Y este pensamiento no se abandonó ya nunca por el viejo partido Escocés, bien se llamara de los "Polkos," como cuando con Paredes á la cabeza conspiraba por traer un Borbón y abandonaba la defensa de nuestro territorio, invadido en esos momentos por los norteamericanos, bien se llamara de los reaccionarios, como cuando trabajaba por cambiar al dictador Santa Anna por un rey extranjero; bien, en fin, como cuando en 1864 llamándose Conservador, realizaba su tenaz ilusión y coronaba Emperador de México al infortunado y poco cauto Maximiliano.

La labor para alcanzar este fin duró muy largos años y tomó un carácter sanguinario y feroz, que en los últimos tiempos llegó á los excesos más lamentables y sostuvo al país en un estado de espantosa anarquía, hasta que la revolución de Ayutla puso punto á las luchas por personas y enarboló el estandarte de la lucha por principios.

Triunfó, cumplió su promesa de dar instituciones liberales á la República, y quedó desde entonces como Código fundamental la Constitución Política de 1857. Pero los conservadores no pudiendo conforme con su derrota: y el clero, unido en un solo sentimiento de odio y de venganza, abrió sus repletas cajas para favorecer con más prodigalidad que nunca á sus corifeos armados, y en el seno mismo de la sociedad se consagró con verdadera furia á provocar y mantener "La Guerra Santa."

Pronuncióse en Tacabaya el Gral. Don Félix Zuloaga proclamando la caída de la Constitución y el establecimiento de una dictadura: consiguieron los conservadores penetrar en el ánimo débil del Presidente Constitucional que lo era el Gral. Comonfort; dióse el famoso Golpe de Estado, y la transformación hubiera sido más formal si el mismo Zuloaga no se hubiera encargado con una reforma á su plan revolucionario, de arrancar la venda con que por un momento logró cegar á Comonfort.

Procuró éste volver sobre sus pasos poniendo en libertad al Vice-Presidente Juárez, y lanzóse á combatir con las armas en la mano, pero ya era tarde, y vencido después de muy breve campaña abando-

nó el país, dejándolo envuelto en la contienda más embravecida y pavorosa.

Entretanto el Sr. Juárez se dirigió á Guanajuato, donde instaló el gobierno legal formando su gabinete con los ilustres patricios Don Melchor Ocampo, Don Santos Degollado, Don León Guzmán y Don Guillermo Prieto.

Por primera vez se dió en la República el caso de que los Estados no se adhieran al orden de cosas triunfante en la Metrópoli, sino que por el contrario, se aprestaron para la resistencia, y algunos formaron coaliciones para que hubiese mayor unidad de acción en sus elementos de guerra, pero las primeras batallas fueron desfavorables para las armas liberales y el Sr. Juárez tuvo que trasladarse á Guadalajara, donde estuvo á punto de ser sacrificado.

El Sr. Don Guillermo Prieto describe ese tremendo suceso con las siguientes conmovedoras palabras:

"Estaba remudándose la guardia, había soldados de uno y otro lado en la puerta; por la parte de la calle al entrar yo en el zagüán, para salir, se volvían en tropel los soldados; á mí me pareció no sé por qué que eran arrollados por una partida de mulas ó de ganado que solía pasar por allí, me embutí materialmente en la pared y me coloqué tras la puerta; pero volví los ojos hacia el patio, y ví, ensangrentado y en ademán espantoso, al soldado que custodiaba la pieza: gritos, muertas, tropel y confusión horrible envolvieron aquel espacio.

"El lugar en que yo estaba parado era la entrada á una de las oficinas del Estado; de allí fuí arrebatado á la vez que se cerraban todas las ventanas y la puerta, quedando como en el fondo de un sepulcro.

"Por la calle, por las puertas, por el patio, por todas partes los ruidos eran horribles; oíanse tiros en todas direcciones, se derribaban muebles haciendo estrépito al despedazarse, y las tinieblas en que estaba hundido exageraban á mi mente lo que acontecía y me representaban escenas que felizmente no eran ciertas.

"En la confusión horrible en que me hallaba, ví que algunos de los encerrados conmigo en aquel antro salían para la calle impunemente: yo no me atreví á hacerlo, pendiente de la suerte de mis



amigos, á quienes creí inmolados al desenfreno de la soldadesca feroz. Los gritos, los ruidos, los tiros, el rumor de la multitud se oían en el interior del Palacio. Como pude y tambaleando, me acerqué á la puerta del salón en que me hallaba y daba al patio; apliqué el ojo á la cerradura de aquella puerta y ví el tumulto, el caos más espantoso: los soldados y parte del populacho corrían en todas direcciones disparando sus armas, de las azoteas del Palacio á los corredores caían, ó mejor dicho, se descolgaban aislados ó en racimos y grupos los presos de la cárcel contigua, con los cabellos alborotados, los vestidos hechos pedazos, blandiendo sus puñales, revoleando como arma terrible sus mismos grillos.

"En el centro del patio de Palacio había algunos que me parecían jefes y un clérigo de aspecto feroz...."

"Algunos me instaron á huir; á mí me dió vergüenza abandonar á mis amigos. Luché por abrir la puerta... la cerraba una aldaba que después de algún esfuerzo cedió, la puerta se abrió y yo me dirigí al grupo en que estaban los jefes del motín.

"A uno de ellos le dije que yo era Guillermo Prieto, Ministro de Hacienda, y que quería seguir la suerte del Sr. Juárez.

"Apenas pronuncié aquellas palabras cuando me sentí atropellado, herido en la cabeza y en el rostro, empujado y convertido en objeto de la ira de aquellas furias...."

"Desgarrado el vestido, lastimado, en situación la más deplorable llegué á la presencia de los Sres. Juárez y Ocampo. Juárez se conmovió profundamente; Ocampo me reconvino por no haberme escapado, pero hondamente impresionado porque me honraba con tierno cariño. Apenas recuerdo, después de los muchos años que han transcurrido, las personas que me rodeaban. Tengo muy presente el salón del Tribunal de Justicia, sus columnas, su dosel en el fondo. Estoy viendo en el cuartito de la izquierda del dosel á León Guzmán, á Ocampo, á Cendejas junto á Fermín Gómez Farías; á Gregorio Medina y su hijo frente á la puertecita del cuarto, á Suárez Pizarro aislado y tranquilo, al Gral. Refugio González siguiendo al Sr. Juárez.

Se había anunciado que nos fusilarían dentro de una hora. Algunos, como Ocampo, escribían sus disposiciones. El Sr. Juárez se pasea-

ba silencioso con inverosímil tranquilidad: yo salí á la puerta á ver lo que ocurría. En el patio la gritería era espantosa. En las calles, el Sr. Degollado, el Sr. Díaz, de Oaxaca, Cruz Ahedo y otras personas que no recuerdo, entre ellas un médico Molina, verdaderamente heroico, se organizaban en San Francisco, de donde se desprendió al fin una columna para recobrar el Palacio y libertarnos.

"A ese amago aullaban materialmente nuestros aprehensores, los gritos, las carreras, el cerrar de las puertas, lo nutrido del fuego de fusilería y artillería, eran indescriptibles.

"El jefe del motín, al ver la columna en las puertas del Palacio, dió orden para que fusilaran á los prisioneros. Eramos ochenta por todos.

"Una compañía del 50. se encargó de aquella orden bárbara. Una voz tremenda, salida de una cara que desapareció como una visión dijo: "vienen á fusilarnos."

"Los presos se refugiaron al cuarto en que estaba el Sr. Juárez, unos se arrimaron á las paredes, los otros como que pretendían parapetarse con las puertas y con las mesas.

"El Sr. Juárez estaba á la puerta; yo estaba á su espalda. Los soldados entraron al salón... arrollándolo todo; á su frente venía un joven moreno, de ojos negros como relámpagos: era Peraza. Corría de uno á otro extremo con pistola en mano, un joven con cabellos rubios: era Moret y formaba en aquella vanguardia Don Filomeno Bravo, Gobernador de Colima, después.

"Aquella terrible columna con sus armas cargadas hizo alto frente á la puerta del cuarto..... y sin más espera y sin saber quién daba las voces de mando oímos distintamente: ¡Al hombro! ¡Presenten! ¡Preparen! ¡Apunten!....."

"Como tengo dicho, el Sr. Juárez estaba en la puerta del cuarto, á la voz de "apunten" se asió del pestillo de la puerta, hizo atrás su cabeza y esperó...."

"Los rostros feroces de los soldados, su ademán, la conmoción misma, lo que yo amaba á Juárez.... yo no sé.... se apoderó de mí algo de vértigo ó de cosa que no me puedo dar cuenta.... Rápido como el pensamiento, tomé al Sr. Juárez de la ropa, lo puse á mi espalda, lo cubrí con mi cuerpo.... abrí mis brazos.... y ahogando



la voz de "fuego" que tronaba en aquel instante grité: "¡Levanten esas armas! ¡levanten esas armas! ¡los valientes no asesinan!..." y hablé, hablé, yo no sé qué hablaba en mí que me ponía alto y poderoso, y veía entre una nube de sangre pequeño todo lo que me rodeaba, sentí que lo subyugaba, que desbarataba el peligro, que lo tenía á mis pies.....

"Repito que yo hablaba, y no puedo dar cuenta de lo que dije..... A medida que mi voz sonaba la actitud de los soldados cambiaba.... Un viejo de barbas canas que tenía enfrente y con quien me encaré diciéndole: "¿quieren sangre? ¡bébanse la mía!...! alzó el fusil... los otros hicieron lo mismo.... Entonces vitoreé á Jalisco.

"Los soldados lloraban, protestando que no nos matarían y así se retiraron como por encanto... Bravo se puso de nuestro lado.

"Juárez se abrazó de mí... mis compañeros me rodeaban llamándome su salvador y salvador de la Reforma.... Mi corazón estalló en una tempestad de lágrimas."

No he podido resistir al deseo de copiar íntegra esta vivísima descripción del acontecimiento, porque lo juzgo de importancia trascendental dado el papel que la Providencia tenía reservado á ese hombre excepcional, á ese patriota excelso, á esa personalidad honra de la especie humana que se llamó Benito Juárez.

Su viaje penosísimo y lleno de peligros, de Guadalajara á Manzanillo, luego al istmo de Panamá, á Nueva Orleans y Veracruz, es digno de ser cantado por los poetas y ensalzado por todos los hombres de corazón.

En Veracruz se estableció, pues, el gobierno legítimo de la República, en tanto que la Metrópoli estaba dominada por el gobierno intruso de Miramón, que había pasado por diversas manos de los corifeos principales de la Reacción. Ricos con las riquezas del clero, combatiendo por los fueros y preeminencias de la Religión en un país fanatizado hasta la ceguedad por el obsecado é intolerante fantismo español, los reaccionarios contaban además con el antiguo ejército, y lo lanzaron implacables contra las bisoñas agrupaciones de pueblo armado que peleaban por la libertad.

Y la guerra se encendió con tanto encarnizamiento que da pavor recordarla, y es rigurosamente histórico que se hallaron mil veces

en las batallas, luchando en opuestos bandos, hermanos contra hermanos y padres contra hijos.

Toda la extensión del territorio estaba cubierta de combatientes, y no pasó durante tres años un día solo, sin que retumbaran los campos ó se estremecieran los poblados con el estampido del cañón y el estruendo de la fusilería.

Por tres veces el ejército de los reaccionarios intentó la toma de Veracruz sin poder realizarla; y como por los Estados del Interior avanzaban triunfadoras é imponentes las fuerzas liberales, Miramón se vió en la necesidad de acudir violentamente á conjurar ese peligro.

Como queda dicho, el clero era el cajero y la Religión el pretexto de la guerra, y concedor de esto el Sr. Juárez, cuando la lucha estaba más embravecida, expidió las leyes llamadas de Reforma por las que se nacionalizaban los bienes de la Iglesia, se le quitaba á ésta toda ingerencia en los actos de la vida civil de las personas, se ponían los cementerios en manos del municipio y se cortaban, en fin, todos los elementos que habían estado sirviendo al clero para alterar la paz y oponerse á la libertad y al progreso de México.

No cabe dentro de los estrechos límites de esta disertación el estudio, ni aun la simple enumeración de las altas razones de orden económico que además de las del orden político, inspiraron esas leyes; pero sí debe hacerse observar cómo los sucesos han correspondido á la hábil previsión del Sr. Juárez y cómo data de la época de la nacionalización el progreso económico de México, á pesar de las trabas que le opusieron las resistencias de una sociedad fanática y retardataria y los horrores de una guerra extranjera.

La libertad triunfó por fin una vez más, y el Sr. Juárez, encarnación venerada de la libertad entró á la capital de la República y fué recibido por el pueblo con grandes demostraciones de regocijo.

Pero la misión de este ilustre patricio no estaba todavía terminada, pues la Providencia reservaba á México una nueva y dolorosísima prueba y á él la gloria de ser el depositario de la honra nacional y el salvador de la Independencia.

El clero, vencido, no se resignó á su derrota y acudió para vengarse de sus enemigos al medio más reprobado, solicitar el apoyo de las



armas extranjeras, á cambio de la autonomía de la patria! Varios miembros prominentes del partido derrotado, poniendo en juego los intereses de un aventurero que había prestado al gobierno intruso de Miramón setecientos mil pesos á cambio de catorce millones en bonos, lograron de Napoleón III que enviase á México una expedición y fundase un trono que diera al traste para siempre con las aspiraciones de los liberales.

Al principio el Emperador de los franceses encubrió sus secretos designios solicitando el concurso de Inglaterra y España para proteger, decía, las vidas é intereses de sus respectivos nacionales y poner á México en aptitud de darse un gobierno fuerte y estable; pero descubierto el plan por aquellas naciones, dejaron á Francia la responsabilidad del atentado que iba á cometerse.

En tan graves acontecimientos el Sr. Juárez se puso á la altura de la situación: llamó á su lado al pueblo mexicano, le preparó para la cruenta lucha, y después de ostentar en los campos de la diplomacia la justicia de México, hizo que en los campos de batalla se probara que también los pueblos débiles triunfan, cuando tienen constancia, patriotismo y abnegación. Cinco años duró aquella sangrienta y horrible campaña en la que muchos de los jefes franceses como Dupin, Castagny, De Potier, L'Heriller, Courey y otros, devastaron las comarcas, incendiaron los pueblos, mataron á los campesinos inermes y azotaron á las mujeres.

Durante ese tiempo el Sr. Juárez anduvo errante y perseguido con su gobierno de ciudad en ciudad y de aldea en aldea, siendo siempre el representante de la dignidad nacional ultrajada, el depositario de la honra de la patria, el centro de donde partían los rayos de la guerra que no cesó ni un momento, el sostén robusto, poderoso, inmovible de la bendita, mil veces bendita bandera tricolor!

Causa como la de México con un defensor como Juárez, tenía que salir victoriosa, y por fin el fantasma de Imperio se desmoronó y el titulado Emperador sucumbió en Querétaro el 19 de Junio de 1867, sucumbiendo con él los últimos elementos con que por entonces contaba el partido conservador.

Otra vez el gran patricio, amor del pueblo y regocijo de la liber-

tad, tornó al Palacio antiguo de los reyes aztecas, y la Nación se estremeció de júbilo cuando oyó de sus augustos labios estas palabras que la historia recogió con veneración:

“Caiga de rodillas el pueblo mexicano ante Dios, que se ha dignado coronar nuestras armas con los laureles del triunfo!”

Hoy, alcanzada ya la paz, establecidas en firme las instituciones democráticas, el pueblo mexicano, respetado y amado de todos los pueblos de la tierra, va todos los años el 18 de Julio al Panteón de San Fernando y cae de rodillas ante la tumba de Juárez, del gran Juárez, que se dignó circundar nuestra bandera de un eterno resplandor de gloria!

Julio 19 de 1902.

ELENA RAMIREZ.